

revuelta, y a la firmeza que supo oponer a los peligros de la sublevación árabe, unía también la prudente previsión necesaria para asegurar la ininterrumpida continuación de su obra. A las penalidades de la vida con que tuvieron que luchar los primeros adeptos del Islam, había sucumbido prematuramente el mismo Profeta; las nuevas conmociones de la lucha desigual contra la rebelión acabaron también muy pronto con su más íntimo amigo; contaba como él apenas 63 años cuando le atacó su última enfermedad, una fiebre maligna. Al sentir Abu Bekr que se acercaba su fin, reunió por última vez en torno suyo a los antiguos compañeros; hallólos dispuestos a jurar que prestarían homenaje a aquel que él mismo les designara como su sucesor, y cuando hubieron prestado juramento designó a Omar. Con toda tranquilidad pudo cerrar los ojos poco después en el día 22 de Schumada II del año 13 (23 de agosto de 634), pues que dejaba bien asegurada en manos del gran campeón del Islam la obra a que inmediatamente después de sofocar la rebelión había consagrado todas sus fuerzas y las de su pueblo reunidas: la propagación del Islam más allá de las fronteras de la península, y, como él creía y anhelaba, hasta el fin del mundo.

CAPITULO II

LAS GRANDES CONQUISTAS

Sabemos que ya Mahoma había dado los primeros pasos para atraer también a la fe, después de los árabes, a los demás pueblos y, en primer lugar, a los vecinos persas y bizantinos. Su carta al shah de Persia no dió ningun resultado, y los mensajes y reconocimientos hacia la Siria meridional si bien al principio solo condujeron a la derrota de Muta, después produjeron la adhesión de los distritos fronterizos hasta Aila. Para procurar desde allí otro serio avance hacia la comarca oriental del Jordan, estaba destinado el ejército que Mahoma había reunido junto a Medina en los últimos días de su vida. Abu Bekr, constante en su propósito de seguir exactamente en todo las disposiciones del Profeta, había mandado avanzar hacia el Norte aquellas tropas, a las órdenes de Osama, a pesar de la rebelión que ya amenazaba de las tribus de la Arabia central, —no sin hacerse tal vez, al propio tiempo, la reflexión de que sería conveniente ofrecer a los ansares pronta ocasión de olvidar lésos de la capital su derrota en la elección de califa.— Pero como era natural, la grave situación de Medina en medio de los beduinos rebeldes, impedía extender demasiado la expedición: así, dos meses después regresaba ya Osama sin haber hecho, a lo sumo, mas que una demostración contra la frontera bizantina. Ya hemos expuesto el rudo trabajo que desde entonces emprendieron las tropas en el interior de la Arabia, y a la sazón, después de incesantes combates durante nueve meses, se había restablecido el orden y dominaba de nuevo la fe sobre toda la península. Aisladamente quedaba aun mucho que hacer para que en todas partes quedasen regularizados por completo el servicio divino y la tributación, y solo poco a poco se acostumbraron las tribus, especialmente en los territorios mas apartados, a marchar a Medina al llamamiento del califa para seguir al ejército. Acaso, a pesar del severo castigo impuesto a los remisos, habrían germinado con el trascurso del tiempo nuevas ideas de rebeldía en las duras cabezas de los árabes si Abu Bekr no hubiese enviado a las fronteras las fuerzas de que podía ir disponiendo a medida que se adelantaba en la dominación de los rebeldes, con el fundado convencimiento de que cada nuevo triunfo en el exterior, cada nueva noticia de una correría rica en botín, haría que diariamente mostraran mayores deseos de

tomar parte en tan lucrativas empresas las tribus del centro y del Sur de la Arabia, tan rencorosas, por lo demás, como siempre contra sus dominadores. En la política guerrera, tan atrevida y consecuenta como previsor, que desde sus primeros pasos deja muy atrás las vacilantes tentativas del anciano Profeta, veríamos desde luego la mano del siempre activo y emprendedor Omar si no estuviese ya expresamente demostrado que Abu Bekr, en esta materia, solía seguir el consejo de su más joven compañero. En todo caso, esta política constituía la indispensable segunda parte de la sofocación de la rebelión: solo en los campos de batalla de Persia y de la Siria se fundieron vencedores y vencidos de Bosaha, del «jardín de la muerte» y de Yemen, en aquel poderoso ejército que con irresistible acometida sacó de quicio a medio mundo. Así, también en este punto el destino hizo que coincidieran los móviles políticos con el mandato divino de combatir a los infieles donde quiera que se les encontrara.

En dos imponentes oleadas se desparramó, a manera de tempestuoso torrente, la conquista árabe sobre el Oriente y el Occidente. La primera, desencadenada entonces precisamente por mandato del califa, inundó la Persia hasta el Oxo, la Siria, la Mesopotamia, la Armenia y parte del Asia menor hasta cerca de Constantinopla, el Egipto y el límite Norte de Africa hasta mas allá de Cartago, y solo fué detenida por los disturbios intestinos que estallaron en los últimos años del reinado de Othman (24-35 = 644-655). La primera guerra civil (35-41 = 655-661) no solo imposibilitó todo nuevo avance sino que produjo, como era natural, pérdidas en mas de una de las fronteras ganadas; y el nuevo desarrollo de la política de conquista que Mohawiya (41-60 = 661-680) emprendió después de restablecido el orden, quedó de nuevo paralizado por la segunda guerra civil, suscitada después de su muerte (60-80 = 680-699). Pero luego que Abdemelik (65-86 = 685-705) hubo asegurado por fin el dominio de la dinastía Omniada, la nacionalidad árabe en el poderoso reinado de El-Walid (86-96 = 705-715) inunda en una segunda oleada países y pueblos en el Oriente hasta mas allá de las fronteras de la India y del Turquestan, en el Norte hasta el Cáucaso y los muros de Constantinopla, y en el Occidente hasta el Atlántico y el interior de Francia, donde solo la detiene Carlos Martel en la batalla de Tours y Poitiers (114 = 732). Con esto el gran movimiento había llegado ya al punto culminante: nuevas y mas grandes discordias intestinas paralizan la fuerza de la dinastía, y entonces el espíritu nacional del pueblo persa, que despierta de su profundo letargo, comienza su sorda pero incesante lucha contra la dominación árabe, lucha que está destinada a terminar con la ruina de ambos pueblos.

El alma de las primeras grandes guerras de conquista y el organizador del imperio universal que con ellas se formó y del pueblo bárbaro de la Arabia, hasta allí despreciado por todas las naciones civilizadas, fué Omar. Lo que se logró todavía en los primeros años de Othman fué aun el efecto del impulso dado por aquel: el débil sucesor del gran califa no tuvo en ello participación alguna, los generales que todavía ganaron algunas victorias eran casi todos hombres elegidos por Omar. En Medina, de la cual salió solo una vez por corto tiempo para reglamentar personalmente en la conquistada Jerusalen los asuntos de la Siria, residía el poderoso califa, como centro del cual irradiaban en todos sentidos las expediciones guerreras, ora conteniendo con fuerte mano a sus generales, ora excitándoles y siempre vigilándoles seriamente, sin paralizar por eso su actividad con arbitraria inmixtion en los detalles de la dirección de la guerra, pesando cuidadosamente las fuerzas de que cada uno disponía

y refrenando el ímpetu celoso de los hijos del desierto, cada día mas temerarios por los triunfos obtenidos, hasta dejar asegurada cada nueva conquista por medio de la construcción de fuertes y pacificación de los habitantes; y a todo esto, mas previsor que generoso con los vencidos, que como infieles no merecían conmiseración, organizando los territorios conquistados de tal manera que tributaran abundantemente, tanto para el Erario como para los musulimes en particular, y fueran mantenidos en orden por sus guarniciones árabes. Como es natural, en estas guerras no se trataba con mucha blandura a los enemigos. El «mataba (los hombres aptos para las armas) y se llevaba prisioneros (las mujeres y los niños)» es hasta en los historiadores árabes el constante y triste estribillo de los relatos de toda violenta conquista de un lugar fortificado. Pero esto sucedía entonces generalmente en todas partes, y tanto mas blando era el trato de los que se entregaban voluntariamente. Con excepcion del sanguinario Jalid, ningun general árabe, que sepamos, manchó su escudo con sangre inocente, y aquellas sistemáticas y bárbaras devastaciones de comarcas enteras a que paulatinamente se habian acostumbrado persas y bizantinos, durante sus seculares y enconadas enemistades, fueron siempre extrañas a los árabes. Duros hasta la inhumanidad donde lo consideraban necesario, pero por otra parte poseidos de indolente y despreciativa tolerancia hacia los vencidos, en general han causado mucho menos daño a los magníficos países que fueron su presa que, posteriormente, los turcos o los mogoles.

Procuraremos en la descripción de esta inmensa catástrofe seguir una a una las grandes campañas de conquista en todos sus detalles, pero creemos conveniente dedicarle una ojeada general por orden de fechas, la cual podrá dar una idea de la increíble rapidez de su propagación casi simultánea en todas direcciones. Bajo la dominación de Abu Bekr empezaron los primeros avances hacia la Palestina meridional y las tierras bajas del Eufrates, donde ya en el año 12 (633) fué ocupada temporalmente Hira. En el reinado de Omar fué conquistada Damasco (14-635), ganada toda la Babilonia con Ctesifonte, capital del reino persa, y asegurado el territorio hasta las montañas medas (16-637); se tomaron también las importantes fortalezas sirias (17-19 = 638-640) y, al propio tiempo, fueron sometidos la Mesopotamia y el Chusistan. En los años 19 y 20 (640-641) tienen efecto la conquista de Egipto y la ocupación de Mosul, que resguarda a Mesopotamia hacia el Norte; el año 21 (642) ocurre el asalto de Alejandría, con el avance hacia el Oeste hasta Barea (Cirene), y, además, después de traspasada la sierra fronteriza medopérsica, la caída del último principal baluarte del poderío persa en Nihawend; en el año 22 (643) se asegura el terreno ganado de este modo hasta Rey (Teheran) hacia el Norte, penetrando hacia Aderbidyan (Armenia persa), y se toma a Trípoli en el Norte de Africa; en el año 23 (644) hallamos dominado, además de la fortaleza ya antes flanqueada de Hamadan (Ecbatana), a Ispahan y alcanzada en el Nordeste la frontera del Corasan. Así Omar, hacia el fin de su vida, dominaba, además de la Arabia, el Nordeste del Africa y el Egipto, la Siria, Mesopotamia, Babilonia y la mitad occidental de Persia, ó sea una extensión territorial casi equivalente a las de Alemania y Austro-Hungría reunidas. Mientras que a principios del reinado de Othman se rendían el territorio de Cartago (27-648) y la isla de Chipre (28-649), solo se mantenía el rey Isdegerdes en el Sur y en el Este de la Persia, hasta el año 29 (650), cuando la caída de Istahar (Persépolis), la antiquísima capital del primitivo territorio persa, abrió a los musulimes las puertas de las demás provincias del reino. Después, en el año 30 (651), se extendió la

dominación del Islam desde el Oxo hasta mas allá de la gran Sirte, en una extensión total que equivalía aproximadamente a la mitad de Europa.

Representando estas conquistas una revolución profunda como el mundo no había visto con tal extensión y rapidez desde los tiempos de Alejandro, es natural que se imponga fuertemente el deseo de averiguar las causas que hicieron posibles esos inmensos triunfos. Alejandro Magno destruyó con la cuña de su férrea falange las torpes masas de los ejércitos persas, y, al revés, los germanos en su irrupción pudieron con la inmensa superioridad numérica de sus vigorosos cuerpos aplastar los ejércitos todavía armados y dirigidos con arte del decadente pueblo romano; pero aquí la masa y la superioridad en armamento y arte militar estaba de parte de los griegos y de los persas. Cierto es que carecemos de datos suficientes para fijar siquiera con aproximada seguridad el número de los combatientes que la Arabia islámica envió contra los infieles del Oriente y Occidente, pues si bien parecen ser hasta cierto punto fidedignas las cifras que nos han sido transmitidas referentes a los primeros ejércitos, no conocemos en manera alguna la importancia de los refuerzos que indudablemente debieron de ser enviados de cuando en cuando desde la Arabia a los diversos teatros de la guerra, para llenar los huecos que, en parte, debían haber hecho batallas muy sangrientas y mas todavía las guarniciones que cubrían los territorios conquistados, en el contingente de tropas disponibles para continuar el avance. Carecemos asimismo de toda base segura para hacer cálculos estadísticos. Teniendo en cuenta que el contingente de guerra del ejército alemán equivale aproximadamente a $\frac{1}{30}$ de la población total, podríamos admitir que en un vigoroso pueblo virgen había de tomarse por base algo mas, ó sea $\frac{1}{20}$; de este modo, si calculamos en el triple de esta última cifra la generación que se levantaba durante los veinte años de guerra, y aceptamos que la Arabia entonces (como aun hoy día según cálculo superficial) tenía 5.000.000 de habitantes, resultaría un contingente militar para todo el país de 250.000 hombres, y, aproximadamente, de 1.000.000 el total empleado para las campañas de conquista desde el principio hasta el fin. Con esto concordaría bastante que en el año 36 (657) ascendiera a 150.000 hombres el conjunto de tropas que tomaron parte en la batalla de Siffin, procedentes de Siria, Mesopotamia, Babilonia y de algunas partes de la Arabia y de la Persia, si, a lo menos, se tiene en cuenta que los conquistadores se habian multiplicado con desproporcionada rapidez en los primeros tiempos en las nuevas provincias. Todo este cálculo no deja de ser muy arbitrario; pero si se considera que, según todo lo que sabemos, los musulimes apenas tenían en pie de guerra 80.000 hombres fuera de la Arabia en el año 15 (636), en este caso se deben suponer esas cifras mas bien elevadas (1) que disminuidas y considerar como bastante seguro

(1) El que sea aficionado a las cifras elevadas puede obtenerlas en otra forma, pero en todo caso con ayuda de la complaciente estadística. Entre nosotros corresponden a cada mil cabezas de población unos doscientos hombres de la edad de 20 a 50 años; de este modo tendríamos para cinco millones de árabes un millón de esa edad apta para las armas. De esa cifra, sin embargo, habría que deducir no solo los inválidos sino todos los esclavos, los judíos, los cristianos, los caídos en las luchas entre árabes y todos los demás que, con cualquier pretexto, no obedecían el llamamiento, que no se hacía igualmente obligatorio a todos por medios coercitivos directos del Estado. Para fijar todas estas categorías carecemos de toda clase de datos, si bien hay cierta probabilidad de que entre dos pueblos de instintos guerreros, presuponiéndoles casi igual esfuerzo para la resistencia, se pueden en cierto modo compensar las diferencias de su modo de estar constituidos, su manera de vivir, sus costumbres, etc. Pero vuelvo a repetir que semejantes datos son todos arbitrarios y que el indicado en el texto solo es recomen-

que aun en tiempo de Othman el total de los ejércitos del Islam, distribuidos desde la Persia oriental hasta Cartago, no ascendía a más de 250,000 á 300,000 hombres. Mas inseguras son todavía las hipótesis que se pueden establecer acerca de las fuerzas de sus adversarios. Se comprende que los relatos árabes se esmeren en exagerar en todas ocasiones, del modo mas extraordinario, el número de los enemigos, y cuando se lee cuántos infelices han caído en las mas grandes batallas al filo de la espada de los creyentes, recordamos involuntariamente los monigotes de Falstaff. Por lo que se refiere á los persas, no tenemos tradicion alguna sobre este punto, no habiendo, pues, medio ninguno de comprobacion; pero de los escasos datos bizantinos sobre la guerra siria podemos, á lo menos, deducir que en la batalla junto al Hieromax estuvieron frente á frente unos 80,000 bizantinos, armenios y árabes cristianos, y de 25,000 á 30,000 musulmes (1); ahora bien, como el emperador Heraclio habia derrotado radicalmente poco antes á los Sasanidas, y por cierto solo con la ayuda de los cazares, y conmovido su reino hasta en los cimientos, y como, además, desde entonces fué cada día mas destruido el Estado persa por contiñas guerras civiles, apenas es creible que hasta en Kadesia ó en Nihawend hubiese podido disponer Isdegerdes de mas de cien mil hombres. De todas maneras coinciden estos datos ó hipótesis con la noticia de que precisamente en aquella primera época decisiva los musulmes tenian casi siempre que pelear contra fuerzas, cuando menos, dobles en número.

Que á pesar de todo salieran vencedores de casi todas las batallas, es cosa que se acostumbra á atribuir al fanatismo religioso que animaba á los discípulos del Profeta. No quitamos nada al merecido reconocimiento de su ejemplar valentía y desprecio de la muerte si decimos que no basta eso para explicar una serie tan no interrumpida de victorias, y no debemos tampoco olvidar que solo poco á poco se hizo general en sus filas semejante fanatismo: la codicia de botin, que en los primeros combates debía seguramente sustituir en la mitad de ellos á la fe que les faltaba, pudo solo convertirse, despues de brillantes triunfos, en aquel peculiar entusiasmo salvaje y casi religioso que animaba tambien á los soldados napoleónicos hácia su *petit caporal*. Debemos, pues, buscar una parte de las causas en el bando opuesto. Y aquí apuntaremos, por lo mismo, brevemente lo que en detalle expondremos mas adelante, esto es, que precisamente en las grandes batallas decisivas los persas y bizantinos carecieron de unidad de direccion. La de Kadesia debió librarla, segun se dice, el general persa contra su íntimo convencimiento y por orden de su rey; en el Hieromax estaba el ejército griego en tres campamentos que se miraban uno á otro con recelo y mala voluntad. Ahora bien: estas divisiones, que debian ser doblemente perjudiciales frente á la incomparable disciplina de los musulmes, no eran mas que síntomas de enfermedades mas hondas que consumian la médula así del reino persa como del bizantino. Desde el principio de su dominacion sobre los persas la dinastía de los Sasanidas estuvo constreñida en la administracion del Estado por las atenciones que debía guardar á la pode-

dable por su mera coincidencia con las pocas noticias seguras que poseemos.

(1) La última cifra procede ciertamente de la tradicion árabe; pero si consideramos que para la expedicion de Tabuk (9 630) solo pudo reunir Mahoma unos 30,000 hombres, no es posible suponer que en el año 14 (635), cuando apenas empezaba la Arabia á desarrollar sus fuerzas, tuviese mas de 30,000 hombres en la Siria y 40,000 en la Persia. Posteriormente se aumentan las cifras con natural rapidez á causa de la adhesion de las tribus árabes cristianas y de la mayor extension de los refuerzos enviados desde el interior de la península.

rosa jerarquía de los magos y á alta nobleza. Así, pues, desde que á fines del siglo VI estuvo dividida la dinastía y se sucedían unas á otras las revoluciones palaciegas (2), era inevitable que, en medio de estas revueltas, en las cuales, como es natural, estaban complicados los sacerdotes y los nobles, la fuerza militar del reino, que ya habia sufrido duras pruebas en las guerras bizantinas, padeciera aun mas, mientras que los grandes vasallos, especialmente en las provincias limítrofes del Este, se hacían cada día mas independientes. Estos sucesos, que se desarrollaron hasta el primer año de la invasion árabe, solo los podemos deducir en general de las escasas noticias de los escritores griegos, sirios y arábigos; pero se comprende perfectamente que entonces, dada la excesiva juventud del rey Isdegerdes, el gobierno de Ctesifonte no estuviere en condiciones de crear en un momento un orden de cosas que hubiese borrado toda huella de males tan profundos en los ejércitos apresuradamente reunidos contra los árabes. Además, la organizacion del ejército persa obedecía á un sistema que exigía considerable espacio de tiempo para su movilizacion y que no era muy favorable al severo mantenimiento de la disciplina. Otra era la situacion de Constantinopla. Las discordias intestinas en que tambien habia caído este Estado á causa de la revolucion de Focas (3), no habian conmovido el sólido organismo administrativo hasta el punto de que no hubiese sido posible á la fuerte mano de Heraclio volver á poner el reino en breve tiempo en condiciones de funcionar normalmente. Pero diversiones de enemigos exteriores tenian ocupadas la mayor parte de las fuerzas; si bien se habia vencido la secular resistencia de los Sasanidas, en cambio, en la península de los Balkanes, los avares y los eslavos estrechaban cada vez mas á los griegos, mientras que la campaña persa habia agotado hasta los recursos particulares del emperador. Por otra parte, la dominacion bizantina era casi odiada en las provincias orientales, Egipto, Siria y Mesopotamia. El inconsiderado gravámen de los tributos y la soberbia burocrática de la administracion griega eran por demás insoportables á las poblaciones siria y copta, que en su mayoría ni siquiera exteriormente se habian helenizado; y lo que era peor todavía, precisamente entonces el emperador Heraclio, por medio de bien intencionadas medidas religiosas (quiso mediar entre los teólogos que disputaban), habia excitado de la manera mas peligrosa el sentimiento religioso de aquella poblacion de extrañas tribus (4). No hay, pues, que maravillarse de que en aquellas comarcas nadie se atreviera contra los árabes; mas aun, en muchas partes la poblacion prestaba desleal ayuda al enemigo del país, de lo cual es indicio evidente que la victoria de los musulmes quedara limitada á las mencionadas provincias; y si estos llegaron á devastar alguna que otra vez el Asia menor, jamás pudieron conservar la largo tiempo, así como que ante los fuertes muros de Constantinopla se estrellaron despues ejércitos árabes cuatro veces mas numerosos que el que á la sazón lograba en corto plazo la conquista de Siria.

Si de este modo, considerados mas detenidamente, los hechos de los creyentes pierden la aureola de lo maravilloso que injustamente envuelve tantos sucesos históricos, en cambio hemos de reconocer que jamás un pueblo joven ha unido á la valentía que le es innata, excitada en este caso por móviles religiosos, tanta inteligencia para las necesidades de la gran guerra y tanta habilidad para tomar de los contrarios lo que estos les aventajaban en el arte militar, merced á su antigua civilizacion. Con instintivo empuje y con la rapidez

(2) Véase Justi: *Historia de la antigua Persia*, de esta coleccion.

(3) Véase Hertzberg: *Historia de los bizantinos*, en esta coleccion.

(4) Id., id.

del rayo se arrojaban entre los cuerpos de ejército de los generales bizantinos, acostumbrados á una táctica indecisa y vacilante, y derrotaban aisladamente los contingentes de las provincias persas, á cuyo conjunto jamás habian podido hacer frente. Su repentina aparicion donde nadie podia esperarla fué siempre la base fundamental de la táctica beduina, y las provincias limítrofes de las dos grandes potencias tenian ejemplos de mas de una devastadora correría de sus respectivos príncipes vasallos árabes; pero estas razzias jamás habian ejercido influencia decisiva en el curso de las operaciones militares. A esta rapidez de movimientos se unía á la sazón la no sospechada capacidad de aquellos antiguos merodeadores del desierto para asimilarse ideas estratégicas y aplicarlas lógicamente, y mas que todo, la ejemplar disciplina del Islam, á la cual debían ya haberse sometido, con una prontitud que apenas era de esperar, los árabes del centro y del Sur, solo recientemente incorporados al ejército musulmí. Por otra parte, los mismos hombres que solo diez años antes habian considerado un simple foso como un insuperable medio de defensa, y que cuatro años despues no habian sabido triunfar de las fortificaciones, seguramente no muy conformes con las reglas del arte, del pequeño Taif de la Arabia central, tomaban muy pronto, una tras otra, las fortalezas bizantinas y levantaban poco despues ellos mismos fuertes plazas de armas en Persia, como si nunca hubiesen hecho otra cosa. En cambio se guardaban prudentemente de imitar recursos militares de tan dudoso valor como aquellos escuadrones de elefantes á que todavía seguían tan aferados los persas con terquedad nacional, cuando ya cerca de mil años antes las batallas de Alejandro habian demostrado su inutilidad militar.

Viveza de cuerpo y de espíritu, entusiasmo juvenil al lado de severa disciplina y talento militar sin sujecion á rutina de escuela, todo esto se veía en el menor número; pesadez, desunion y junto á repetidas pruebas de valor cierta paralización intelectual, era lo que se observaba en el mayor número, mas provisto de medios exteriores, —relacion acaso análoga á la de las guerras de la Revolucion francesa, y, por lo mismo, el resultado correspondiente aquí, no mas de extrañar que allí, solo que, dado lo lejano de los sucesos y lo incompleto de la tradicion, no podemos ver con claridad los detalles.

Despues de la batalla del «jardin de la muerte», el valiente Mothanna Ibn Háritha, á la cabeza de numerosas huestes de los Benu Bekr de Wail, que habitaban entonces en el extremo Nordeste de la Arabia, ayudó á someter el trozo de costa de Bahrein hasta entonces bajo la influencia persa; con lo cual se llegó (fines del año 11 = principios de 633) hasta la frontera del reino persa propiamente dicho. Como en tierra árabe no habia ya nada que hacer para los beduinos, belicosos y ávidos de botin, recordaron que en aquellas comarcas mas allá de las fronteras habian hecho antes buenas presas mas de una vez y que aun despues del derrocamiento de los lahmidas habian infligido, apenas hacia 25 años, una regular derrota al gobernador persa. Acaso tambien habian tenido noticia de que allí en Persia todo andaba revuelto otra vez, que el nuevo rey Isdegerdes, que habia subido al trono hácia fines de 632, luchaba todavía con los partidarios de su rival Hormisdas V, aun menor de edad, y con otros adversarios (1). Aprovecharon, pues, tan favorable ocasion

(1) Justi: *Historia de la antigua Persia*, de esta coleccion. Los datos cronológicos en que se funda la exposicion de la invasion árabe en la expresada obra han sido modificados recientemente, lo que he debido tener en cuenta en mi relato, que, por lo mismo, resulta algo discrepante. Isdegerdes era, asimismo, muy joven á la sazón: segun unos datos tenia de quince á diez y seis años de edad, pero, probablemente,

para seguir las huellas de sus padres; y las fructuosas correrías de Mothanna en la desembocadura del Eufrates llegaron pronto á oídos del califa, el cual, habiendo oído hablar con elogio de la aptitud de aquel caudillo, mandóle decir oficialmente que reuniera todos los compañeros de tribu que le fuera posible y se pusiera con ellos á las órdenes de Jalid, cuyas tropas estaban disponibles desde que se habia terminado la pacificacion de la Arabia central. Jalid habia reforzado sus huestes, muy debilitadas en Akraba, con gentes procedentes de tribus unidas de nuevo al Islam, disponiendo á la sazón de 10,000 hombres, á los cuales se reunió Mothanna con 8,000 bekritis. Con estas fuerzas penetró el general muslim (fines del año 11, principios de 633) en territorio persa por las cercanías de la desembocadura del Eufrates. Los árabes designan la gran llanura del Eufrates y del Tigris, esto es, Babilonia con Caldea, la parte llana de la Mesopotamia, y las fajas de tierra entre ambos rios y el desierto sirio, por un lado, y los montes medos, por el otro, con los nombres de Sawad (2) ó Irak (3). Esta llanura entonces, lo mismo que todavía dos siglos despues, regada en todas direcciones por medio de un antiquísimo y perfecto sistema de canalizacion, era una de las mas fértiles del mundo, si no la mas fértil; y los persas, precisamente para ayudar á protegerla contra la rapacidad de los merodeadores del desierto, habian organizado el Estado fronterizo de Hira. Podíase intentar tomar primeramente esta capital de las tribus cristiano-pérsicas para desde allí atravesar el Eufrates; pero Abu Bekr se decidió por mandar á Jalid penetrar directamente en el extremo meridional del Sawad, mientras que, al propio tiempo, avanzaba otro ejército á las órdenes de Iyad, mas al Este por el desierto, sobre Hira, como diversion contra cualquier ataque, que desde allí podia dirigirse fácilmente contra el flanco de Jalid. Al principio todo fué á pedir de boca (4). En vista de las anteriores correrías de Mothanna, Hormisdas, el gobernador persa de la Babilonia del Sur, habia mandado ya reunir tropas, con las cuales se encontraron los árabes junto á Kázima, á dos jornadas de la que luego fué Basora. Lo que se refiere acerca de las peripecias tanto de esta como de las demás batallas de la época antigua es una confusa coleccion de rasgos muchas veces de colorido anecdótico y de dudosa certeza; ni de la posicion de los respectivos ejércitos ni de la ejecucion táctica de los combates podemos siquiera formar, en ningun caso, claro concepto. De todas suertes, los persas fueron derrotados (Moharran 12, marzo de 633), y como, segun el dato, por cierto muy dudoso, de los historiadores árabes, estaban liga-

segun otros, solo ocho años. Especialmente si esto último es exacto, no habia que contar con la posibilidad de un gobierno independiente por su parte. Pero como no sabemos qué tutores tenia, seguiré hablando de Isdegerdes donde con mas exactitud debería hablar de los grandes bajo cuya influencia estaba. De los sucesos ocurridos á la subida de Isdegerdes al trono hablaremos mas adelante.

(2) Algo semejante á «tierra negra», á causa del color mas oscuro del terreno, en todas partes cubierto de sembrados y árboles, que contrastan con el tono blanquizco amarillento del desierto; así dicen los filólogos.

(3) Es dudosa la explicacion de este nombre; acaso significa «la tierra de la orilla» de ambos rios ó del desierto. Los geógrafos hacen, sin embargo, una diferencia entre Sawad é Irak, que para nosotros no tiene importancia alguna. En cambio debemos mencionar que políticamente se incluye tambien á menudo, bajo la denominacion de Irak, la mitad Noroeste de Persia, con la cual estuvo unida durante algun tiempo administrativamente, llamándole el «Irak persa» para distinguirlo del «Irak árabe» ó simple Irak.

(4) La historia de la primera campaña contra los persas, hasta la marcha de Jalid á la Siria, es muy oscura, y la tentativa de coordinar las diversas noticias aisladas, á la cual me he ceñido en la exposicion del texto, no puede, de ninguna manera, considerarse como lograda definitivamente.